**El oso del zar**

**Jorge Bucay**

Ésta es la historia de un sastre, un zar y un oso. Un día, el zar descubrió que uno de los botones de su chaqueta preferida se había caído. El zar era caprichoso, autoritario y cruel. Así que, furioso por la ausencia del botón, mandó a buscar al sastre y ordenó que a la mañana siguiente fuera decapitado. Nadie contradecía al emperador de todas las Rusias, así que la guardia fue hasta la casa del sastre y, arrancándolo de entre los brazos de su familia, lo llevó a la mazmorra para que esperara allí su muerte. Al atardecer, cuando el carcelero le llevó la última cena, el sastre meneó la cabeza y musitó: “Pobre zar”.

- ¿Pobre zar? Pobre de ti- dijo el guardia.

- Tú no me entiendes- dijo el sastre- ¿Qué es lo más importante para nuestro zar?

- ¿Lo más importante? No lo sé. Su pueblo.

- Digo algo realmente importante para él.

- ¡Ya lo sé! ¡Su oso!

- Eso. Su oso. Mañana, cuando el verdugo termine conmigo, el zar perderá su única oportunidad de conseguir que su oso hable.

- ¿Tú eres entrenador de osos?

- Un viejo secreto familiar…..-dijo el sastre.

Deseoso de ganarse los favores del zar, el pobre guardia corrió a contarle al soberano su descubrimiento. ¡El sastre sabía enseñar a hablar a los osos! El zar estaba encantado. Mandó a buscar inmediatamente al sastre y, cuando lo tuvo frente a sí, le ordenó:

- ¡Enséñale a mi oso nuestro lenguaje!

- Me encantaría complacerle, ilustrísima- contestó es sastre bajando la cabeza-, pero enseñar a hablar a un oso es una tarea ardua y lleva tiempo….Lamentablemente, tiempo es lo que menos tengo.

- ¿Cuánto tiempo llevará el aprendizaje?

- Depende de la inteligencia del oso.

- ¡El oso es muy inteligente!- interrumpió el zar-. De hecho, es el oso más inteligente de todos los osos de Rusia.

- Bien. Si el oso es inteligente….y siente deseos de aprender….yo creo que el aprendizaje duraría…..no menos de ……¡dos años!

El zar pensó un momento.

- Bien. Tu pena será suspendida durante dos años mientras entrenes al oso. ¡Mañana empezarás!- ordenó.

- Alteza- dijo el sastre-. Si me conmuta la pena, yo no tendré tiempo para dedicarme a su oso. Deberé trabajar de sastre para mantener a mi familia.

- Eso no es problema- dijo el zar-. A partir de hoy, y durante dos años, tú y tu familia estaréis bajo protección real. Seréis vestidos, alimentados y educados con el dinero del zar. Pero eso sí: si dentro de dos años el oso no habla, te arrepentirás de haber pensado esta propuesta…… Entiendes, ¿verdad?

- Si, alteza.

- ¡Guardias!- grito el zar-. Que lleven al sastre a su casa en el carruaje de la corte. Dadle dos bolsas de oro, comida y regalos.

Cuando todos en casa lloraban por la pérdida del padre de familia, el sastre apareció en la casa en el carruaje del zar, sonriente, eufórico y con regalos para todos.

La esposa del sastre no cabía en sí de su asombro. Su marido volvía exitoso, acaudalado y exultante. Cuando estuvieron solos, el hombre le contó los hechos.

- ¡Estás loco!- gritó la mujer-. ¡Enseñar a hablar al oso del zar! Tú, que ni siquiera has visto un oso de cerca. Estás loco.

- Calma, mujer, calma. Mira, me iban a cortar la cabeza mañana, y ahora tengo dos años. En dos años pueden pasar tantas cosas….En dos años, se puede morir el zar….Me puedo morir yo…..Y lo más importante: ¡a lo mejor el oso habla!

**EL CLIENTE SIEMPRE TIENE RAZÓN**

**Antonio de Lara**

*(La escena se desarrolla en unos grandes almacenes. El jefe de personal acompaña a un vendedor a la sección de telas.)*

Jefe. - Ya estamos. Desde hoy se hará usted cargo de esta sección. Es un avance estupendo, ¿verdad? ... Si sigue usted por este camino, puede llegar a propietario de la Compañía.

Vendedor. - Sí, sí; estoy muy satisfecho.

J. - Diez años he trabajado yo en esta sección, y parece que no ha pasado el tiempo. Todo está igual. Parece que fue ayer. En fin, aquí tiene usted todo lo necesario: las telas, el mostrador, las tijeras,... y, sobre todo, no olvide lo que le he dicho antes: amabilidad y cortesía. El cliente siempre tiene razón.

V. — No se preocupe. Yo soy amable por naturaleza. Ya ve usted. Vengo todos los días en "Metro" y sonrío a los que me pisan.

J. - Es un buen entrenamiento, porque algunas veces hay clientes tan insoportables que si nos dejáramos llevar por nuestros impulsos2 acabaríamos ahogándolos.

V. - Indudablemente...

J. - Porque hay que ver lo pesados que son algunos. Le dicen a uno las cosas veinte veces, como si uno fuera tonto.

V. - Sí, sí...

J. — Entonces, ¿está usted enterado?

V.-Claro, claro...

J. - El cliente siempre tiene razón...

V. - Naturalmente...

J. - Y por muy pesada que se ponga la gente... ¿eh?

V. - Vaya usted tranquilo.

J. - No, si no me voy. Me quedaré aquí para presenciar su primera actuación.

V.-Pero eso va a cohibirme...

J. - No es para tanto. Aquí viene una señora. Estas son las que más dan la lata.

Señora (Que ha oído el final de la frase). - ¿Qué decía usted delata?

J. - Estaba diciendo al joven que acabamos de recibir un surtido variado de latas. Si quiere usted pasar luego a la sección de laterías... (Al vendedor.) Atienda usted a la señora... . V. - Siéntese, por favor. ¿En qué puedo servirle?

S. - Pues verá usted. Yo quisiera una tela que no fuera demasiado gruesa. En realidad, la estación está ya muy avanzada y, claro, no vale la pena... НА-

V. - La señora desea más bien una tela de verano.

S. - De verano, de verano..., tampoco. Más bien...

V. - De entretiempo, claro...

S. - Pues tampoco "claro" de entretiempo. No sé, en realidad... Si me enseñara usted alguna...

V. - Naturalmente. ¿Tiene la señora preferencia por algún color?

S. - ¿Tiene usted algo en rayitas?

V. - Claro que sí. ¿Qué le parece ésta?

S. - No está mal. Pero en vez de rayas blancas y negras, me gustaría más de rayas negras y blancas.

V. - Pero si estas rayas blancas y estas rayas negras son de la misma anchura.

S. - Sí; pero yo sé lo que digo. Enséñeme, de todas maneras, algo de lunares.

V. - Como no. ... ¿Qué le parece ésta?

S. - Este lunar parece más pequeño que los otros.

V. - Es un efecto óptico.

S. - Será un efecto óptico, pero es más pequeño. Enséneme algo de cuadritos.

V. - ¿Grandes o pequeños?

S. - Las dos cosas.

V. - Aquí tiene usted

S. - Esta tela está pasada. Mire usted. (La rasga de arriba abajo.)

V. - Sí, efectivamente. Nos quejaremos al fabricante... ¿Quiere usted ver otra cosa?

S. - Sí, enséñeme todo lo que tenga.

V.-¿Todo?

S. - Claro que todo. ¿No es posible?

V. - Claro que es posible. (Empieza a poner sobre el mostrador todas las telas del establecimiento.)

S. - ¡Qué barbaridad! ¿Cómo quiere usted que pueda elegir entre tanta tela?

V. - Pero la señora me había dicho...

S. - La señora ha dicho que las quiere ver todas, pero una por una.

V. - Pero para eso serían necesarios muchos días.

S. - No importa. Vivo por aquí cerca.

V. - Puede usted empezar.

S. - No es necesario. Creo que ésta es la que me hace falta.

V. - ¿Esta rosa?

S. -Esta rosa.

V. - ¿Cuántos metros desea?

S. - ¿Metros? ... Con dos centímetros tengo de sobra.

V. - ¿Con dos centímetros?

S. - Es para hacerle un collar a mi gato.

V. - Pues, lo siento, pero lo menos que vendemos es un corte.

S. - ¿Y cuánto es un corte?

V. -Tres metros.

S. - ¿Tres metros? Pero, ¿qué se ha creído usted que es mi gato? ¿Un tigre?

V. - No es culpa mía, señora. Son las normas de la casa.

S. - ¿Qué normas ni qué narices?

V. - Oiga usted, eso de narices...

El jefe interviene:

J. - ¿Qué ocurre?

V. - Esta señora, que después de que me ha puesto patas arriba8 toda la sección, pretende que le dé una cantidad ridícula de tela rosa.

J. - Vamos a ver, vamos a ver, señora... ¿Cuál es la tela que le interesa?

S. - Esta; pero dice este imbécil...

V. - ¿Imbécil?

J. - Vamos, vamos, sin enfadarse... La señora está en su derecho al pedir la cantidad que necesita y usted debe complacerla amablemente. Veamos, señora, ¿qué cantidad necesita usted?

S. - Dos centímetros.

J. - Perfectamente, dos centímetres... ¿Dos centímetros?

S. - Es para un gato, ¿sabe usted?

J. - Sí, sí, lo creo; pero esto no es un almacén para gatos.

S. - ¿Quiere usted decir que tengo que ir a un almacén para 1 gatos?

J. - Es lo que usted necesita.

S. - ¿Puede usted indicarme uno?

J. - Uno, ¿qué?

S. - Un almacén para gatos.

J. - Y yo qué sé dónde hay almacenes para gatos.

V. - Bueno, señora, tenemos mucho que hacer y no estamos para perder el tiempo.

J. - Con amabilidad, con amabilidad... Sentimos no poder servirle, pero...

S. - ¡Pues vaya un almacén!

V. - Oiga usted, señora.

J. - Con cortesía, con cortesía... Nosotros quisiéramos servirle, pero...

S. - Pero no les da la gana, ¿no es eso?

V. — No, señora, no queremos.

J. - Con educación, con educación...

S. - ¿Qué educación va a tener, si no la ha conocido?

V.-¡Señora!

S. - Ni usted tampoco.

J. - ¿Qué yo tampoco? (Coge a la señora y le retuerce el pescuelo con más educación que nunca...)

**La luz es como el agua**

**Gabriel García Márquez**

En Navidad los niños volvieron a pedir un bote de remos.

-De acuerdo -dijo el papá, lo compraremos cuando volvamos a Cartagena.

Totó, de nueve años, y Joel, de siete, estaban más decididos de lo que sus padres creían.

-No -dijeron a coro-. Nos hace falta ahora y aquí.

-Para empezar -dijo la madre-, aquí no hay más aguas navegables que la que sale de la ducha.

Tanto ella como el esposo tenían razón. En la casa de Cartagena de Indias había un patio con un muelle sobre la bahía, y un refugio para dos yates grandes. En cambio aquí en Madrid vivían apretados en el piso quinto del número 47 del Paseo de la Castellana. Pero al final ni él ni ella pudieron negarse, porque les habían prometido un bote de remos con su sextante y su brújula si se ganaban el laurel del tercer año de primaria, y se lo habían ganado. Así que el papá compró todo sin decirle nada a su esposa, que era la más reacia a pagar deudas de juego. Era un precioso bote de aluminio con un hilo dorado en la línea de flotación.

-El bote está en el garaje -reveló el papá en el almuerzo-. El problema es que no hay cómo subirlo ni por el ascensor ni por la escalera, y en el garaje no hay más espacio disponible.

Sin embargo, la tarde del sábado siguiente los niños invitaron a sus condiscípulos para subir el bote por las escaleras, y lograron llevarlo hasta el cuarto de servicio.

-Felicitaciones -les dijo el papá ¿ahora qué?

-Ahora nada -dijeron los niños-. Lo único que queríamos era tener el bote en el cuarto, y ya está.

La noche del miércoles, como todos los miércoles, los padres se fueron al cine. Los niños, dueños y señores de la casa, cerraron puertas y ventanas, y rompieron la bombilla encendida de una lámpara de la sala. Un chorro de luz dorada y fresca como el agua empezó a salir de la bombilla rota, y lo dejaron correr hasta que el nivel llego a cuatro palmos. Entonces cortaron la corriente, sacaron el bote, y navegaron a placer por entre las islas de la casa.

Esta aventura fabulosa fue el resultado de una ligereza mía cuando participaba en un seminario sobre la poesía de los utensilios domésticos. Totó me preguntó cómo era que la luz se encendía con sólo apretar un botón, y yo no tuve el valor de pensarlo dos veces.

-La luz es como el agua -le contesté: uno abre el grifo, y sale.

De modo que siguieron navegando los miércoles en la noche, aprendiendo el manejo del sextante y la brújula, hasta que los padres regresaban del cine y los encontraban dormidos como ángeles de tierra firme. Meses después, ansiosos de ir más lejos, pidieron un equipo de pesca submarina. Con todo: máscaras, aletas, tanques y escopetas de aire comprimido.

-Está mal que tengan en el cuarto de servicio un bote de remos que no les sirve para nada -dijo el padre-. Pero está peor que quieran tener además equipos de buceo.

-¿Y si nos ganamos la gardenia de oro del primer semestre? -dijo Joel.

-No -dijo la madre, asustada-. Ya no más.

El padre le reprochó su intransigencia.

-Es que estos niños no se ganan ni un clavo por cumplir con su deber -dijo ella-, pero por un capricho son capaces de ganarse hasta la silla del maestro.

Los padres no dijeron al fin ni que sí ni que no. Pero Totó y Joel, que habían sido los últimos en los dos años anteriores, se ganaron en julio las dos gardenias de oro y el reconocimiento público del rector. Esa misma tarde, sin que hubieran vuelto a pedirlos, encontraron en el dormitorio los equipos de buzos en su empaque original. De modo que el miércoles siguiente, mientras los padres veían El último tango en París, llenaron el apartamento hasta la altura de dos brazas, bucearon como tiburones mansos por debajo de los muebles y las camas, y rescataron del fondo de la luz las cosas que durante años se habían perdido en la oscuridad.

En la premiación final los hermanos fueron aclamados como ejemplo para la escuela, y les dieron diplomas de excelencia. Esta vez no tuvieron que pedir nada, porque los padres les preguntaron qué querían. Ellos fueron tan razonables, que sólo quisieron una fiesta en casa para agasajar a los compañeros de curso.

El papá, a solas con su mujer, estaba radiante.

-Es una prueba de madurez -dijo.

-Dios te oiga -dijo la madre.

El miércoles siguiente, mientras los padres veían La Batalla de Argel , la gente que pasó por la Castellana vio una cascada de luz que caía de un viejo edificio escondido entre los árboles. Salía por los balcones, se derramaba a raudales por la fachada, y se encauzó por la gran avenida en un torrente dorado que iluminó la ciudad hasta el Guadarrama.

Llamados de urgencia, los bomberos forzaron la puerta del quinto piso, y encontraron la casa rebosada de luz hasta el techo. El sofá y los sillones forrados en piel de leopardo flotaban en la sala a distintos niveles, entre las botellas del bar y el piano de cola y su mantón de Manila que aleteaba a media agua como una mantarraya de oro. Los utensilios domésticos, en la plenitud de su poesía, volaban con sus propias alas por el cielo de la cocina. Los instrumentos de la banda de guerra, que los niños usaban para bailar, flotaban al garete entre los peces de colores liberados de la pecera de mamá, que eran los únicos que flotaban vivos y felices en la vasta ciénaga iluminada. En el cuarto de baño flotaban los cepillos de dientes de todos, los preservativos de papá, los pomos de cremas y la dentadura de repuesto de mamá, y el televisor de la alcoba principal flotaba de costado, todavía encendido en el último episodio de la película de media noche prohibida para niños.

Al final del corredor, flotando entre dos aguas, Totó estaba sentado en la popa del bote, aferrado a los remos y con la máscara puesta, buscando el faro del puerto hasta donde le alcanzó el aire de los tanques, y Joel flotaba en la proa buscando todavía la altura de la estrella polar con el sextante, y flotaban por toda la casa sus treinta y siete compañeros de clase, eternizados en el instante de hacer pipí en la maceta de geranios, de cantar el himno de la escuela con la letra cambiada por versos de burla contra el rector, de beberse a escondidas un vaso de brandy de la botella de papá. Pues habían abierto tantas luces al mismo tiempo que la casa se había rebosado, y todo el cuarto año elemental de la escuela de San Julián el Hospitalario se había ahogado en el piso quinto del número 47 del Paseo de la Castellana. En Madrid de España, una ciudad remota de veranos ardientes y vientos helados, sin mar ni río, y cuyos aborígenes de tierra firme nunca fueron maestros en la ciencia de navegar en la luz.

**Feliz año nuevo**

**Arturo Pérez-Reverte**

Era guapísima, pensó. La mujer más guapa del mundo. Un vestido negro, escotado por detrás, el pelo recogido en la nuca. Unos ojos grandes e inteligentes que lo miraron de esa manera singular con que miran algunas mujeres, como si se pasearan por dentro de ti, escudriñándote cada rincón, y esa certeza te erizara la piel. No sabía cómo se llamaba, ni quién era. Ni siquiera si estaba con otro. Pero comprendió que era ella. Así que venció el nudo que se le había hecho en la garganta y dijo aquí te la juegas, chaval, te juegas el resto de tu vida, y a lo mejor haces el ridículo más espantoso; pero sería peor no intentarlo. Así que se fue derecho hacia ella, recorriendo esos cinco últimos metros que ningún hombre inteligente franquea si no son los ojos de la mujer los que invitan a recorrerlos. Hola, me llamo tal, dijo, y no me perdonaría nunca dejarte salir de mi vida sin intentarlo. Ella lo miró despacio, evaluando su sonrisa algo tímida, la manera sencilla que tenía de estar de pie ante ella, encogiendo un poco los hombros como diciéndole ya sé que lo hemos visto muchas veces en el cine y por ahí, pero no puedo evitarlo. Te pareces a esas cosas que uno sueña cuando es niño.

Lo consiguió. La felicidad le estallaba dentro y el mundo y la vida eran una aventura maravillosa. Bailaron, rieron. Compartieron sus mundos e hicieron que éstos empezaran a fundirse el uno con el otro. Música, cine, viajes, libros. Tiene cosas que yo necesito, pensó. Cosas que a mí me faltan. A veces se quedaban callados, mirándose un rato largo, y ella sonreía un poco, casi enigmática. Quizá se sienta como yo me siento, pensó él. Tocó su piel, rozándola con precaución al principio. Acercaron los rostros para conversar entre la música, acarició su cabello, respiró su aroma, asimiló cada registro de su voz. Algo hice para merecerla, pensó de pronto. Los años de colegio, la facultad, el trabajo, la lucha por la vida. Sentía que era un premio especial; que una mujer así no caía del cielo a cambio de nada. Eso lo hizo sentirse más seguro, más cuajado y adulto. Y en sólo unas horas, maduró. Se hizo lúcido y se dispuso a merecerla.

Llegaron las campanadas. Ding, dang. Todos bailaban y reían, brindaban, chocaban las copas salpicándose de champaña. Feliz 2001. Feliz año nuevo. Él nunca había sido muy sociable; tenía sus ideas sobre las fiestas de año nuevo en general y sobre la Humanidad en particular, y no eran ingenuas en absoluto. Sin embargo, aquella vez amó a sus semejantes. Los habría abrazado a todos. Con la última campanada ella se quedó mirándolo en silencio, la copa en la mano, la boca entreabierta, y él se inclinó sobre sus labios. Sabían a champaña y a carne tibia, ya futuro. Alrededor los amigos aplaudían y bromeaban sobre el flechazo. Ellos seguían mirándose a los ojos y se besaron de nuevo, ajenos a todo. Y más tarde, rozando el alba, la acompañó a su casa. Se besaron de nuevo en el portal, mucho rato, y él regresó a casa caminando en la luz gris del amanecer, las manos en los bolsillos, sintiendo deseos de dar pasos de baile, como en las películas. Estaba enamorado.

Pasaron los meses y se amaron con locura. Ella estaba en el último año de carrera; él, a punto de conseguir el trabajo soñado durante muchos años. Viajaron juntos y hubo un verano maravilloso, el mar, los paseos por la playa, las noches cálidas. Cuando estaban juntos apenas necesitaban otra cosa. Ella se le aferraba, jadeante, sus ojos muy abiertos cerquísima de los suyos, abrazándolo como si pretendiera hundírselo para siempre en las entrañas. Te amaré toda mi vida, dijo él. Me parece que deseo un hijo dijo ella. Que se parezca a ti. Que se nos parezca. El mundo era una trampa hostil, pero podía ser habitable después de todo. Era posible, descubrieron sorprendidos, construir un lugar donde abrigarse del frío que hacía allá afuera: un refugio de piel cálida, de besos y de palabras. A veces se imaginaban de viejos, con nietos, libros, un pequeño velero con el que navegar juntos por un mar de atardeceres rojos y de memoria serena.

Aquel año consiguió el trabajo por el que había luchado toda su vida. Un puesto de responsabilidad en una multinacional importante. El primer día que fue al despacho, al llegar a su mesa situada junto a la ventana con una vista maravillosa de la ciudad, pensó que había llegado a algún sitio importante, y que el triunfo también era de ella. Tenía que compartir ese momento, así que descolgó el teléfono y marcó el número de la casa donde ahora vivían juntos. Estoy aquí, lo he conseguido. Estoy en la cima del mundo, dijo, y te quiero. Mientras hablaba sus ojos se posaron, distraídos, en el calendario que estaba sobre la mesa: martes 11 de septiembre. Luego se volvió a mirar por la ventana. El día era hermoso, los cristales de la otra torre gemela reflejaban el sol de la mañana, y un avión enorme se acercaba volando muy bajo.

30 de diciembre de 2001